

A las estrellas volveremos

A las estrellas volveremos

Trilogía Velo y destino vol. 1

Estela Fuster



Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Estela Fuster 2026

© Entre Libros Editorial LxL 2026

www.entrelibroseditoriales.es

04240, Almería, (España)

Primera edición: enero 2026

Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 979-13-87621-83-4

Depósito legal: AL-6693-2025

Impreso en España - *Printed in Spain*

*Para mis abuelas: la que me cuida desde las estrellas
y la que me inspira a seguir adelante cada día.*



TURHUN

KEWEN

Los Tr
Picos

LAS MONTAÑAS DE
LOS SUSURROS

Los Ríos
DE PLATA

EL DESIERT
DE LOS STT

BOSQUE DE ALAS

LINAM

EL LAGO
TUNNE

EL-BHADE

THALASSIA



LA PENÍNSULA
NIVAL

TRES
COS

CORDILLERA
DE HIELO

JARDÍN
DORADO

CAMPOS DE
FUEGO

BERTO
TATUR

Los Ríos
Fríos

LINNARIS

EL MONTE
EBBRETH

ISTHARIA

ISLAS
NEBLINA

ARVANTIS

Prólogo



El rugido de la batalla aún retumbaba en mis oídos cuando me erguí entre los escombros del campo de lucha. Mi aliento agitado formaba pequeñas nubes en el aire helado. La sangre que me cubría, como un manto de victoria, revelaba la intensidad de lo que acababa de librarse, de la ferocidad que se había desatado en el enfrentamiento que estaba por finalizar.

Entre los cuerpos caídos, uno todavía se movía. Kael, con el yelmo roto y un río carmesí resbalando por la sien, me miraba suplicante.

—Aluna, no... —jadeó, levantando una mano temblorosa.

Tragué saliva con dificultad. Los dedos se cerraban con fuerza alrededor de la empuñadura de mi espada. Había compartido cenas, entrenamientos y risas con él. Era mi compañero. Mi amigo. Pero no tenía alternativa.

—Lo siento —musité con la voz rota.

Mi acero entró y salió de él en un solo latido. La sangre se derramó a mis pies y su cuerpo inerte se desplomó sobre el lodo. Quise apartar la mirada, pero sus ojos vacíos parecían seguir fijos en mí.

En ese momento en que el mundo dio la impresión de detenerse por un instante, bajé la cabeza y le dediqué una última plegaria a los dioses en su nombre.

Pero la decisión me salió cara.

Entre las sombras del polvo y el hierro, una figura se abalanzó sobre mí, con una daga brillando en su mano, directa hacia mi cuello. La esquivé en el último momento, rodé por el suelo y me incorporé de un salto, interceptando el siguiente golpe. El impacto de metal contra metal reverberó por todo mi cuerpo agotado y nos quedamos quietos cuando nuestros ojos se encontraron.

—Gerek... —Su nombre me rasgó la garganta. Había evitado cruzarme con él desde el inicio de aquella prueba, con la miserable esperanza de que alguien lo matara en mi lugar. Pero la suerte nunca había estado de mi parte.

—Aluna —me susurró—. No puedo hacer esto. No puedo matarte... A ti no.

En sus pupilas latía un ruego silencioso. Yo tampoco podía hacerlo.

Gerek había sido mi salvación allí dentro. Durante todos los años que había pasado preparándome para ese momento, siempre había estado a mi lado. Era algo más que un amigo, más parecido a mi familia. Titubeé un instante y, al parecer, el instinto de supervivencia siempre prevalecía. Gerek aprovechó para embestirme.

Me derribó con un golpe seco en las rodillas, se cernió sobre mí con la daga preparada y los ojos vidriosos. La ira, la tristeza y la impotencia cincelaban sus facciones. Un reflejo de las emociones que me abrasaban por dentro. Me giré en el suelo en un desesperado intento de escapar de su agarre, retorciéndome por debajo y golpeando a ciegas.

Sentí el momento exacto en que la hoja de mi espada logró atravesar su costado. Su expresión fue una mezcla de sorpresa y dolor. Aunque lo que más vislumbré en él fue un tremendo alivio. Sonrió, una sonrisa relajada, en paz, y soltó la daga, que cayó al suelo con un repiqueteo suave.

—Siempre fuiste más rápida —murmuró antes de caer sobre mi pecho.

Me permití derramar una lágrima solitaria mientras bajaba sus párpados. Una última despedida, no solo para él, sino para todos los que yacían ese día allí. Y para mí misma también. Porque nunca volvería a ser la de antes.

Me incorporé en medio del campo de cadáveres. Cada latido de mi corazón resonaba por mis venas con el eco de la lucha. Mis ojos se posaron en el horizonte, llenos de una mezcla salvaje de triunfo y tristeza, y una sonrisa abatida se extendió por mi rostro.

La sangre goteaba por el filo de la espada que colgaba de mi brazo, formando un charco carmesí bajo las botas. Todo mi cuerpo temblaba, no solo por el cansancio, sino por la realidad de la victoria que se aferraba a mí, teñida con la sombra de la muerte. Había ganado la batalla, pero el precio estaba marcado en cada herida que adornaba mi cuerpo, en cada huella grabada en mi alma.

El sabor metálico impregnaba mi boca y el hedor agrio que persistía en el aire se me filtraba en los pulmones. Pero nada de eso me importaba en aquel momento. No, cuando la gente vitoreaba mi nombre. No, cuando por fin todos los años de entrenamiento habían servido para algo.

Solté la espada y escuché el repiqueteo del acero contra el suelo antes de alzar ambas manos para retirar la capucha que ocultaba mi rostro. El silencio se apoderó del campo de batalla por un breve instante, como si el mundo entero contuviera la respiración. Luego, una explosión de júbilo estalló por toda el área, un coro de vítores y aplausos que reverberaron en el aire.

Observé alrededor con una quietud esculpida en hielo, esperando a que mis sentidos volvieran a la normalidad, a que el vacío que anegaba mi alma desapareciera y llegase el remordimiento o la culpa. Sin embargo, una calma gélida se aferraba a mí casi con desesperación.

No me sentía culpable por lo que acababa de suceder. Ni siquiera un poco. ¿Cómo podría hacerlo, cuando había conseguido lo que tanto había peleado? ¿Cómo podría hacerlo si, de no haber sucedido, mi cuerpo sería uno más entre los cientos que yacían en el campo de lucha?

Porque desde ese mismo momento yo había dejado de ser nadie. Aunque las vidas que había arrebatado mancharían mi alma para siempre... ahora era una soldado, una guardiana, una protectora del reino.

Alguien se acercó a mí, alguien conocido. Su rostro se mostraba estoico, pero en sus labios se intuía la sombra de una sonrisa que me resultaba familiar, tan real como la quietud de la muerte que me acompañaba. Alzó sus manos cubiertas de anillos, en las que sostenía una capa de los colores blanco y dorado de la Corona Real. La desplegó con delicadeza, mostrándola al gentío, antes de rodearme con los brazos y dejarla caer sobre mi espalda. La tela se acopló a mi cuerpo de inmediato, como hecha a medida. La gente volvió a estallar en vítores.

Respiré hondo cuando esas manos se detuvieron unos segundos de más sobre mis hombros, dándome un ligero apretón reconfortante que liberó algo en mi interior, ayudándome a sentirme yo de nuevo.

El ruido ensordecedor del público taladró mis oídos durante unos segundos, hasta que volví a cubrirme la cabeza con la capucha, ahora blanca, y me alejé de la arena con pasos firmes, cargando con el peso de la victoria.

Un triunfo bañado en sangre, pero coronado de gloria.

Desde ese instante era una Guardiana de Sombras.

Capítulo 1



«Debería largarme de este jodido sitio antes de hacer alguna estupidez».

Ese pensamiento no dejaba de repetirse en mi cabeza una y otra vez. Pese a lo que mis instintos me decían, debía seguir allí hasta cumplir con lo que había ido a hacer. Aun así, era imposible no pensar en abandonar cuando reparabas en lo asqueroso del lugar, en lo poco humano que resultaba.

Se trataba de una casa de damas de compañía de las tantas que había por la ciudad, solo que no era una normal —si acaso alguna podía serlo—. En ese antro, quienes trabajaban eran víctimas de una red de tráfico que asolaba ambos reinos y que se aprovechaba de mujeres y niñas sin hogar, ofreciéndoles una mejor vida a cambio de un trabajo que resultaba ser una mentira, ya que terminaban obligándolas a ofrecer su cuerpo para satisfacer las depravaciones de diversos tipos de perversos. Todos ellos de la peor calaña que uno pudiera imaginar.

El olor a bebida y vómito era tan desagradable como el ruido de las risas roncadas de los hombres que permanecían en el tugurio esa noche. Sus voces, soltando comentarios misóginos hacia las mujeres que tenían en sus regazos, tampoco hacían mucho por reducir las ganas que me empujaban a estrangularlos. Ni siquiera me habría molestado en hacerlo con discreción. Los hubiera asesinado allí mismo, en sus sillas roídas.

Apreté con fuerza la copa que sostenía cuando uno de los tipos, uno grande con pelos en las orejas, azotó a una de las chicas que rodeaban la mesa para servirles copas. La niña —porque no tendría más de quince años— soltó un grito alarmado y se alejó de allí mientras se frotaba la zona magullada. Los compañeros de ese imbécil se rieron con desdén, a lo que ella respondió con una mirada muda, irradiando odio en su estado más puro. Llevaba puesta una combinación de encaje negra que dejaba ver más de lo que ocultaba, y ya empezaba a vislumbrarse la manaza de aquel desgraciado marcada en rojo sobre su trasero.

Sostuve la copa con fuerza hasta que sus adornos de cristal se me clavaron tanto en la palma de la mano que un dolor agudo me atravesó. Solo entonces solté los dedos, uno a uno, respirando con cada movimiento y tratando de calmarme para recordar el verdadero motivo de mi presencia allí. Esa noche mi trabajo era diferente. Por mucho que me doliera, no podía distraerme. Si hacía lo que tenía que hacer, esas cosas dejarían de suceder... Por lo menos en aquel lugar.

Me removí sobre el diván en el que estaba sentada, con la combinación carmesí que había elegido ponerme deslizándose hacia arriba por mi muslo. La ridícula prenda dejaba ver más piel de lo que me habría gustado y apretaba tanto mis pechos que me costaba respirar. Sin embargo, era idónea, enseñaba lo necesario al mismo tiempo que era lo bastante recatada como para ocultar una daga pegada a mi pierna.

Esa noche yo era una dama de compañía más entre el gentío, aunque la realidad fuese bien distinta.

—¿Cómo está yendo el asunto? —oí medio susurrar a una voz masculina desde la mesa a mis espaldas.

—No me puedo quedar mucho más tiempo por aquí, camarada —respondió otro hombre. Aunque por la ligereza de su tono debía ser más joven.

Algo en su timbre me llamó la atención. No supe discernir de qué se trataba. Quizá su leve acento.

—¿Nuevos vientos desde el este?

—Algo así. —Sonó un suspiro apesadumbrado—. En algún momento debo regresar a casa.

Aspiré aire con fuerza mientras me llevaba la copa a los labios, disimulando mi sorpresa. ¿Desde el este? En el este estaba Linnaris, el reino enemigo al nuestro. ¿Se acababa de referir a él como casa... estando aquí, en Dumia?

Por los dioses, tenía infiltrados enemigos justo a mis espaldas y ahora mismo no podía detenerlos sin delatarme.

¡Maldita sea!

—Algunas cosas han estado mostrando su verdadero color en los últimos tiempos —siguió comentando el primero.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes. A los rebeldes de las montañas.

El joven soltó una sonora carcajada que resultó casi cálida.

—¿Así los llamas, viejo chalado? —replicó, riendo—. Son mucho más que rebeldes.

—Lo que sea. De todos modos, hay...

Tuve que dejar de escuchar a hurtadillas cuando un hombre joven se acercó y se sentó en el diván a mi lado. Contuve las ganas de lanzarle una mirada envenenada por interrumpirme.

Llevaba una copa de licor oscuro en la mano que olía al distintivo *whisky* importado de El-Bshade, una región vecina conocida por tener los mejores licores del reino —si no del continente—,

y vestía una túnica de alta costura con las mangas arremangadas hasta los codos. Lo conocía, sabía que frecuentaba aquel burdel más veces de las debidas, alardeando de su dinero.

Sus pupilas estaban dilatadas y sus párpados entrecerrados cuando me miró con una mueca torcida.

—Bienaventurados sean mis ojos —me dijo bastante más sereno de lo esperado—. ¿Le hace un trago?

Traté de sonreír en respuesta, aunque lo que asomó fue más bien una expresión de asco. Lo bueno era que el tipo no estaba tan sobrio como para notarlo. Eso, o no le importó en absoluto.

—Estoy servida, pero gracias —le respondí, enseñándole mi copa llena de un vino rosado al que apenas le había dado un sorbo o dos desde que había llegado.

Había accedido por la puerta principal un rato antes de medianoche, vestida de hombre con túnica, sombrero y botas. Pasé un par de horas sentada en una de las mesas más apartadas, pasando desapercibida, pero con los oídos bien atentos. Hasta que obtuve la información que necesitaba y me metí en el baño para regresar convertida en una perfecta dama de compañía.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó entonces, robándome el vaso de la mano y dejándolo sobre la mesa.

—Evennie —me inventé, siguiendo el vino con los ojos. Ni loca le diría mi nombre real.

—Oh, Evennie —murmuró como un ronroneo—. Vamos a pasarlo bien hoy, ¿verdad?

Curvé los labios, ahora sí, con dulzura a modo de respuesta.

—¿Usted cómo se llama, señor? —Parpadeé un par de veces, coqueta.

Me miró como si acabase de decir que me gustaba comer bichos muertos.

—Eso es algo que no debes preguntar en un lugar como este, dulce Evennie. —Chasqueó la lengua con disgusto—. Deberías saberlo.

Sí, por supuesto que lo sabía, pero siempre había alguien lo suficientemente borracho como para contarte quién era o de dónde venía. Y eso era genial porque, bueno, después podía encargarme de ellos más fácilmente, poner fin a sus miserables vidas sin tener que perder demasiado de mi tiempo buscándolos.

Me removí sobre el asiento, fingiendo nerviosismo y, ya de paso, me incliné hacia delante para ofrecerle una mejor vista de mi escote. Su atención recayó ahí de inmediato y la lujuria apareció en su semblante. Me tragué una risa. En su lugar, me mordí el labio inferior con seductora suavidad. Él se movió también, acercándose lo suficiente como para que pudiese oler la bebida en su aliento.

Tuve que reprimir una arcada.

—¿Le gustaría ir a una habitación más privada? —Mi voz sonó como un murmullo evocador, mi boca muy cerca de la suya. Sus ojos subieron desde mis pechos hasta mi boca y yo aproveché justo ese momento para humedecerla con la lengua.

La noche acababa de dar un giro. ¿Para bien o para mal? Era difícil saberlo... Todavía.

—¿A quién debo pagarle por tus... servicios? —Su tono rezumaba un deseo sucio.

—Puedes dármelo a mí —le contesté, pasando un dedo por su mandíbula—. Yo me encargaré de hacérselo llegar a la madame cuando acabemos.

Ni siquiera pronunció una maldita palabra antes de cogerme del brazo con la brusquedad de un hombre que se cree con todo derecho sobre un cuerpo ajeno. Me levantó de la silla y, pese a que mi instinto asesino ardía bajo mi piel, me dejé llevar. Me limité a imaginar las siete maneras distintas en las que podía acabar con él si me lo proponía. Eso me dio cierta satisfacción.

No pude evitar lanzar una mirada mal disimulada a los hombres que había estado escuchando. Solo atisbé a ver un rostro viejo, de ojos suspicaces, y una cabeza de pelo oscuro que me daba la es-

palda. Sin embargo, algo en ellos me resultaba... diferente, aunque no sabía decir qué.

Aparté la vista cuando nos dirigimos a una de las habitaciones del piso superior, fijándome en el segurata que aguardaba bajo las escaleras del segundo piso, quien se limitó a lanzarnos una mirada aburrida. La primera planta estaba repleta de puertas que conducían a cuartos con los enseres justos y necesarios para su función. Algunas estaban entreabiertas; al otro lado se oían risas gastadas, toses y sonidos que provocaron que un nudo de impotencia anidara en mi estómago, que la rabia floreciera de nuevo. Pero me obligué a dejarla a un lado. No podía abandonar mi plan.

Así que seguí al hombre por el corredor, que olía a sudor rancio y humo, hasta que giró un picaporte y me empujó dentro de una habitación sin miramientos, cerrando de un portazo a sus espaldas. La estancia era pequeña, oscura, y la humedad se comía cada esquina. Las lámparas de aceite apenas alumbraban.

Su mirada casi salvaje despertó una sonrisa lobuna en mi rostro. Por un momento, pareció desconcertado con mi reacción y frunció el ceño. Se volvió para observar la estancia y esa pequeña distracción me dio el tiempo suficiente para desenvainar mi cuchillo dakir.

Los dakir eran raros, por no decir casi antigüedades. Se trataba de un arma no más larga que mi antebrazo, con un mango de hueso y un filo de plata que se dividía en dos ramas entrecruzadas, con un acabado en forma de espiral. Terminaba con dos puntas afiladas, capaces de atravesar cualquier cosa. Su doble incisión los convertía en dagas de lo más peligrosas.

Se contaba que fueron forjadas por el mismísimo Ebbreth. Según las leyendas, la empuñadura estaba creada con los huesos del propio dios.

Para ser sincera, eso último me daba un poco de repelús.

Con el arma en la mano, en menos de un segundo me había colocado delante del hombre, con el doble filo reluciente descansando sobre su estómago.

Sus ojos se abrieron de par en par a solo unos centímetros de los míos y me permití disfrutar de su miedo cuando empujé la daga en un único movimiento, entre las costillas, donde sabía que más dolería.

—En la siguiente vida —le mascullé cerca del oído—, si es que la tienes y no acabas en el infierno, pensarás mejores formas de aprovechar tu tiempo libre. —Retorcí la daga en su interior, contemplando con una satisfacción sobre la que más tarde tendría que reflexionar, la sangre que emanó de su boca—. Esto es por todas las chicas de las que abusaste. Y esto... —Hundí más el arma, hasta que la empuñadura llegó a su piel y se le escapó un jadeo que terminó en borboteo—. Esto es por mí.

Tiré de la daga para sacarla y retrocedí cuando el hombre cayó de rodillas, todavía mirándome con los ojos muy abiertos, antes de derrumbarse por completo sobre el suelo.

Esperé lo justo para sentir cómo su pulso desaparecía bajo mis dedos y su cuerpo dejaba de sacudirse con cada respiración. Limpié mi daga con el borde interior de su capa y la enfundé en un gesto automático, ensayado demasiadas veces.

Sin hacer ruido, arrastré el cuerpo hasta el biombo que había en una esquina del cuarto y lo escondí tras él. Luego deslicé la alfombra con la punta del pie para cubrir la sangre. No tenía forma de deshacerme de él en esos momentos y así, si alguien abría la puerta, a no ser que entrasen en la habitación, no verían nada.

Me re Coloqué la combinación para ocultar el dakir y repasé mi cuerpo de arriba abajo: ni una mancha, ninguna arruga que delatará lo ocurrido. Abrí apenas un resquicio de la puerta. Primero miré el pasillo, luego afiné el oído. No escuché nada, solo silencio. Así que coloqué el cartel de «sala ocupada» en la puerta y salí de la habitación sin mirar atrás.

Ahora ya podía empezar con lo que de verdad había venido a hacer.

Me deslicé con sigilo entre la penumbra de la planta baja, donde aguardaban las camareras y, en un momento de descuido, cogí un delantal del respaldo de un taburete y me lo anudé alrededor de la cintura. Luego cogí una bandeja de la barra con un vaso de licor y salí para subir las escaleras de nuevo.

El guardia me miró de arriba abajo durante unos largos segundos, con los párpados entrecerrados. Traté de mantener la apariencia dócil del resto de las damas, con la mirada gacha y el nerviosismo comiéndome por dentro —aunque esto último no tenía que fingirlo demasiado—, y esperé con una paciencia que no tenía.

El pulso me retumbaba en los oídos.

—Ya sabes dónde es —se limitó a decirme por fin, dando un paso al lado para dejarme pasar.

Subí a la segunda planta, en la que había muy pocas habitaciones en comparación con el piso en el que estaba antes. Tampoco parecía tan deslucido. Olía a perfume caro, el suelo brillaba y las puertas eran macizas. Avancé con cuidado, dejando en el trayecto la bandeja sobre una repisa en sombras, y fui hasta el primer cuarto para pegar la oreja a la madera.

Si hubiese tenido más tiempo para preparar el plan de aquella noche, habría sabido de antemano qué habitación pertenecía al patrón del lugar, a qué cuarto solían subirle las mujeres cuando lo visitaba. Sin embargo, me había enterado esa misma tarde de que el tipo visitaría la casa de damas, así que tuve que improvisar.

Si conocías por qué zonas moverte, los rumores volaban en la ciudad. Y yo sabía bien dónde hacerlo. Había estado buscando a otros dos explotadores de mujeres que tenían un intercambio que hacer cuando lo oí por casualidad. Un cliente ebrio, con la lengua suelta, había comentado que «esta noche el de arriba va a inspeccionar a las chicas nuevas».

Supe que no podía desaprovechar la oportunidad.

Lo observaba abajo, sentada en la mesa más cercana a la escalera mientras fingía beber, me dijo todo lo que necesitaba saber. Nadie accedía a la segunda planta, salvo dos camareras que subieron bandejas con un único vaso de licor. El matón que custodiaba el pasillo ni siquiera se molestaba en disimular; cualquiera que se acercaba recibía una mirada fría y un paso al frente.

No necesitaba más información: esa noche, el patrón era el único allí arriba. Llevaba tiempo esperando una ocasión así. Era el dueño de varios burdeles, el responsable de la miseria de todas las mujeres que vivían en ellos, y yo estaba lista para acabar con él de una vez.

No escuché ningún sonido desde el otro lado de la puerta, pero eso no significaba que no hubiese nadie. Alcé una mano y golpeé con los nudillos con suavidad, tal y como había visto hacer a las damas otras veces que habían ido como *regalos* para los señores. Esperé, casi sin respirar, pero no sucedió nada. Así que me desplacé hasta la siguiente puerta.

Tampoco obtuve respuesta.

No fue hasta el tercer intento que por fin se oyó una voz masculina desde el interior.

—¿Qué? —gruñó.

—¿Mi señor? —dije, tratando de que mi tono sonara lo más vacilante y temeroso posible—. Me envía uno de sus leales, como regalo para usted.

Me quedé quieta mientras escuchaba los pasos que se acercaban desde el otro lado, haciendo la madera rugir. Mantuve la cabeza gacha cuando la puerta se abrió. El hombre que regía sobre aquel lugar, el responsable de la trata de mujeres, se plantó frente a mí.

El olor a cuero y tabaco me alcanzó al instante.

Dos dedos se posaron bajo mi barbilla y me obligaron a alzar la cabeza. Sus pupilas se clavaron en las mías. No pude evitar pensar que, en realidad, era una lástima. Aquel hombre era bastante apuesto: ángulos marcados, bien afeitado, buen porte y una sonrisa que,

aunque ahora me parecía repugnante, podría ser atractiva vista con otros ojos, en otras circunstancias. Tal vez, si no estuviese tan podrido por dentro, aquel bonito hombre habría tenido una mejor vida. Un mejor final que el que le esperaba.

—¿Tú eres mi regalo de hoy? —murmuró, sin dejar de examinar mi rostro y más abajo, mucho más abajo. Cerré los puños a mis lados para evitar abofetearlo—. Los dioses me bendicen.

Junté los labios con fuerza, intentando contener la risa que trepó por mi garganta. Los dioses habían estado muy lejos de bendecirlo esa noche. Al menos, con mi presencia.

Además, la sola idea de que considerase a las mujeres como regalos ya era repugnante de por sí, pero ¿que además pensase que recibirlas era una bendición de nuestros dioses? Eso ya me parecía incluso insultante. Si ellos todavía viviesen entre nosotros, estaba segura de que nada de aquello estaría pasando. No lo permitirían.

Sin atreverme a decir nada más por lo que pudiera escapar de mi boca, lo seguí hasta el interior de la habitación. Aquella habitación era más espaciosa que las de la planta inferior. Contaba con un escritorio repleto de papeles al fondo y una pequeña librería alineada con la puerta. A la izquierda había una puerta que debía de llevar a un cuarto de baño, y al otro lado un arco amplio daba paso a una estancia oscura, con una cama grande con dosel y cortinas transparentes.

Me condujo directa allí, antes de arrojarme sobre la cama.

—Dime, ¿qué he hecho para merecer este regalo? —me preguntó, relamiéndose los labios.

—No lo sé, mi señor —le respondí, forzándome a mantener la voz baja, sumisa, con la cabeza inclinada hacia delante. Me removí inquieta y junté las piernas con fuerza.

¡Por los dioses! Qué lástima que nadie estuviese viendo lo brillante que estaba siendo mi actuación.

—¿No lo sabes? —masculló.

Negué con la cabeza.

—No me explicaron el motivo. Solo que era un regalo y que debía subir aquí de inmediato.

—Mmm —murmuró, y sentí cómo se acercaba. Por el rabillo del ojo lo vi llevándose las manos hacia la cinturilla de sus pantalones—. Está bien entonces. Aprovecharé esta bendición que me han dado.

Apreté los dientes y respiré hondo. Como volviese a decir que aquello era un regalo o una bendición, lo que había ido a hacer a aquel lugar acabaría antes de lo previsto.

Aguardé quieta hasta que llegó a mí, ahora con los pantalones bajados hasta sus rodillas y su miembro duro a la altura de mi rostro. Traté de no hacer ningún gesto, de que mi rostro se mantuviese inexpresivo cuando se plantó ante mí.

No sabría decir si lo conseguí.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —me dijo en un murmullo ronco, cargado de un oscuro deseo.

Se acariciaba la erección con los ojos clavados en mi escote y una mirada tan llena de lascivia que avivó el asco en mi cuerpo.

A la mierda el plan. A la mierda ser discreta.

Despacio, deslicé una mano hacia mi pierna, la que llevaba la daga enfundada, y con un movimiento tan sutil que le pasó desapercibido a la vez que me inclinaba hacia delante, desenvainé el dakir.

Apenas un segundo después, la sangre salpicaba a borbotones, manchando el suelo, mi ropa y la cama mientras un grito de agonía emergía de él.

Me puse en pie de inmediato, cubriéndole la boca y empujándolo contra la pared. No me costó mucho esfuerzo, ya que apenas podía mantenerse en pie. Pálido y con la vista clavada en el miembro que acababa de amputarle, se dejó caer en el suelo y lo seguí, acucillándome frente a él para no soltarlo. Me miró, incrédulo al principio, asustado después. Por último, lo hizo con tanta ira que, de haber tenido fuerzas para moverse, estaba segura de que habría intentado matarme.

Sus palmas cubiertas de rojo temblaron cuando las estiró para agarrarme las muñecas.

Lo empujé de nuevo para evitarlo y soltó un gemido dolorido. Se retorció contra mí, pero sus movimientos eran demasiado débiles para ser eficaces.

—Tú eres... —empezó a decirme, las palabras amortiguadas bajo mis dedos.

—Yo... —lo interrumpí, acercando la daga a su cuello con mi mano libre— no soy ningún regalo. —Deslicé el cuchillo, un movimiento lento y medido, y un siseo escapó de entre sus labios cuando la hoja cortó la piel—. Ni mucho menos una bendición.

Clavé entonces el filo debajo de su barbilla, presionando hacia arriba, con mis ojos fijos en los suyos. Contemplé cómo se abrían ligeramente al darse cuenta de lo que acababa de hacer, de que era yo quien le estaba robando la vida.

Sonreí.

—Si hay algo después de esto —le gruñí a escasos centímetros del rostro—, espero que recuerdes que fue una mujer la que acabó contigo.

Al extraer la daga con suavidad de su cuerpo, no pude evitar deleitarme con su mirada vacía, sin vida.

Tras unos segundos que se convirtieron en minutos, tal como había hecho con el otro hombre, limpié el dakir en su túnica y lo guardé de nuevo en la vaina.

Antes de salir de la habitación, rebusqué en el armario del fondo hasta encontrar ropa con la que poder cubrirme. Ir por ahí llena de sangre no era la mejor idea. Tratando de ir rápido, me puse por encima una capa oscura y unas botas que, aunque me venían grandes, eran mejor que las estúpidas zapatillitas que llevaba. Por último, me lavé en la jofaina de la sala adyacente y me sequé en las sábanas.

El olor metálico ya impregnaba el aire y el charco que avanzaba hacia la rendija de la entrada pronto me delataría. Tenía que salir de allí ya.

Por desgracia, con las prisas, cometí un error de novata: no comprobé el exterior del pasillo antes de salir de la habitación.

De pronto, unos brazos me rodearon por atrás y me arrastraron hasta la oscuridad del cuarto adyacente.

Capítulo 2



Una mano cubrió mi boca mientras otra me empujaba con fuerza contra un cuerpo cálido, pegado ahora a mi espalda. Forcejeé, pero no sirvió de nada. Me había pillado desprevenida y, fuese quien fuese, sabía bien cómo sujetarme.

Cuando la puerta se cerró tras nosotros con un ligero chasquido, mi atacante preguntó:

—¿Quién eres?

La voz, sin duda masculina, sonó como un susurro sobre mi oreja y me erizó el vello de la nuca. La reconocí de inmediato. Ese ligero acento... Era la misma voz que había escuchado a hurtadillas antes, en la planta baja. Pertenecía a alguien procedente de Linnaris, el reino enemigo.

Joder.

Puesto que tenía sus dedos cubriéndome media cara, no sabía cómo pretendía que le respondiera, así que dejé de retorcerme.

—Voy a retirar la mano, pero no quiero tonterías —me advirtió, todavía en un susurro—. Sin gritar, ¿eh? No te gustarán las consecuencias.

Una carcajada incrédula trepó por mi garganta, pero la reprimí a tiempo. Asentí con la cabeza y él soltó mi rostro despacio, sin alejarse demasiado. El brazo que me rodeaba también se aflojó. Idiota.

—¿Quién eres? —repitió.

—Alguien a quien no te interesa cabrear —le respondí con sequedad, sin molestarme en hablar bajo.

Su risa fue grave cuando sus manos se posaron en mis hombros. Un segundo más tarde, me había dado la vuelta para ponernos frente a frente.

Lo primero que vi, lo que tenía a la altura de mi mirada, fue su pecho. No podía ver nada más que la tela oscura de la túnica que cubría lo que parecían unos musculosos pectorales, así que levanté la cabeza.

Con la luz de la calle que se filtraba por la ventana, fui captando destellos de su piel bronceada, una barbilla y mandíbula cuadradas que enmarcaban unos labios carnosos, curvados en una sonrisa sutil. Sus pómulos eran tan afilados que temía que si pasaba los dedos por ellos me cortaría. Saltaba a la vista que era apuesto, tanto que robaba el aliento. Aun así, nada de todo eso podría haberme preparado para sus ojos. Cuando los vi, sentí que... me perdí. No existía otro modo de describirlo.

Mi corazón se saltó un latido, o dos, para luego volver a aporrear con más fuerza contra mi pecho.

Nunca había visto unos ojos como esos. Su color... Eran azules, pero de una tonalidad tan pálida que evocaban al hielo. Reflejos más oscuros danzaban por sus iris y el efecto de esa combinación era tan cautivadora como turbadora. Por un momento, tuve la sensación de que todo el aire de la habitación desaparecía cuando su mirada glacial se clavó en la mía y una sensación escalofriante me recorrió el cuerpo entero.

Antes de que pudiera moverse de nuevo, metí la mano bajo la capa, saqué mi daga —por la que ya era la tercera vez en esa noche— y lo apunté al pecho.

—No te muevas.

Las cejas oscuras volaron en su frente como orugas asustadas. Ese pensamiento casi me hizo reír.

—¿Una fulana que sabe usar eso? —inquirió, sin una pizca de miedo a pesar de tener el dakir de doble filo contra su cuerpo. Luego ronroneó—: Interesante.

Apreté los dientes.

—No soy una dama de compañía.

—Ah, ¿no? —murmuró, escéptico. Recorrió mi cuerpo con tanta intensidad que lo sentí como una caricia sobre mi piel—. Es lo que pareces.

Bajé la barbilla lo justo para ver que, efectivamente, ahora lo parecía. La capa debía haberse abierto al sacar la daga y podía verse gran parte de mi cuerpo, cubierto tan solo por la combinación roja.

Ese fue mi segundo error de la noche.

¿Apartar la vista de mi adversario? ¿En serio? Pero ¿qué narices me pasaba por la cabeza?

Cuando volví a enderezarme, el cuchillo había volado de mi mano y me encontraba arrinconada contra la pared con mi propia arma apuntándome el cuello. Apretó su cuerpo contra el mío para mantenerme inmóvil.

Joder, ¿cómo se había movido tan rápido?

Con el orgullo herido, mantuve el mentón alzado sobre el filo de la hoja, taladrándolo con toda la furia que fui capaz de transmitirle.

Una curva de suficiencia se dibujó en sus labios, haciéndome aspirar aire con fuerza, lo cual provocó que mi pecho rozase el suyo. El gesto no le pasó desapercibido, porque echó una ojeada hacia mi escote y se demoró ahí unos segundos más de lo necesario.

Asqueroso.

—Dime, si no eres una dama de compañía, ¿quién eres? ¿Qué haces aquí? —me preguntó con voz ronca. Su aliento acarició mi rostro al hablar. Olía dulce, a cítricos y al azúcar propio de la bebida.

—No es de tu incumbencia —le espeté con los dientes apretados. Se rio con aspereza.

—Oh, ya lo creo que lo es —repuso, sonriendo, aunque sin rastro de humor—. Así que me gustaría mucho saber por qué acabas de salir de la habitación del patrón de este lugar —añadió cuando abrí la boca para hablar. Sellé mis labios—. ¿No vas a decir nada? —insistió. Me limité a sostenerle la mirada, todavía sintiendo la frialdad del acero sobre mi garganta. La curva de sus labios se ensanchó—. Esto se está volviendo cada vez más interesante —murmuró.

Hice una mueca repugnada.

—Apuesto a que sí.

Inclinó la cabeza y el aire que exhaló al hablar me roció la piel.

—Y puede volverse mucho mucho más interesante.

Me tensé contra la pared y la rabia me invadió, lo que me soltó la lengua antes de poder contenerme.

—Eso solo pasará si quieres acabar como el patrón de este lugar.

Se puso repentinamente rígido y entrecerró los párpados, escrutándome con más atención ahora. Sonó cauteloso cuando volvió a hablar, sin rastro ya de la diversión de antes:

—¿Y se puede saber cómo ha acabado él?

Le dediqué una mueca de absoluta frialdad.

—Digamos que con una parte menos en su cuerpo. Un miembro muypreciado entre los varones.

No le dije que lo había matado después. Tampoco era necesario. Tal vez si no cometía más errores estúpidos, podría salir de allí sin acabar de delatarme.

Durante unos segundos, creí que había dejado de respirar. Luego, su pecho se movió de nuevo en una larga exhalación y un

escalofrío no del todo desagradable me recorrió el cuerpo. Me pareció que trataba de contener su propia sonrisa.

—En efecto, esta noche se está volviendo muy interesante.

—¿Que le corte el pene a tu patrón te resulta interesante? —le espeté antes de poder contenerme.

Soltó una carcajada que sonó bastante genuina. La presión de su agarre se aflojó sobre mí, dejando algo de espacio entre ambos, y la daga dejó de rozar contra mi piel.

—Estás confundida: él no es mi patrón. Él no es nadie —me replicó, y pensé en la exactitud de esa afirmación ahora.

Tragué saliva, confusa.

—Puesto que ya sabes por qué llevo manchas de sangre —le dije con controlada suavidad—, ¿me dejarás ir o piensas quedarte así toda la noche?

—Lo cierto es que esa opción me resulta mucho más atractiva que dejarte ir.

—¿Por qué? —gruñí con furia.

Pero él no respondió, se limitó a contemplarme con esos insondables ojos como el hielo, como si tratase de resolver un rompecabezas.

Lo cierto era que yo también me sentía así mientras lo estudiaba, extraña en su presencia. No solo por la inquietud que me provocaba su repentina aparición, sino porque algo en mí parecía... reconocerlo. A pesar de estar segura de no haberlo visto nunca antes de esa noche. De habérmelo encontrado, lo recordaría.

Era imposible olvidar una mirada como la suya.

—¿Qué quieres? —murmuré, y mi voz me sonó lejana, desconocida.

Un gesto burlón apareció en su semblante.

—Todavía lo estoy decidiendo. Me vienen a la mente varias cosas...

—¿Interesantes?

—En efecto.

—Parece que te gusta mucho esa palabra.

—En realidad, no. —Frunció el ceño. Sus pupilas no dejaron de inspeccionar las mías.

No supe qué responder a eso.

—¿Puedes apartar la daga de mi cuello? —le pregunté entonces.

—¿Debería hacerlo? —inquirió de vuelta, entornando los párpados. Empezaba a irritarme de verdad—. Tengo el presentimiento de que, en cuanto alce el cuchillo unos centímetros, vas a saltar sobre mí. Y aprecio mucho mis partes masculinas como para arriesgarme a perderlas —terminó, con una expresión felina pintando su rostro.

Abrí la boca para mandarlo a la mierda, pero un grito que sonó desde la planta de abajo nos alertó. Fue un grito de terror, que pronto se convirtió en alaridos que pedían auxilio por todo el recinto.

De inmediato, el edificio entero se convirtió en un ajeteo: puertas abriéndose y cerrándose, voces resonando entre las paredes, exclamaciones ahogadas... No me costó mucho deducir que alguien acababa de encontrar el cuerpo del primer hombre al que había matado en la habitación de abajo.

Un nudo de inquietud se instaló en mi pecho.

Si seguía allí más tiempo, si no lograba salir del edificio antes de que lo cerrasen para localizar al responsable, me cogerían. Iba armada y las manchas de sangre eran demasiado visibles con la combinación, por lo que no tendría ninguna oportunidad de esconder lo que había hecho si me descubrían.

Me retorcí contra la pared, inquieta. Necesitabairme, necesitaba...

El hombre —que se había alejado un paso de mí al escuchar el jaleo— me escrutó con esos ojos invernales y sus espesas pestañas se estrecharon, todavía apuntando con el dakir a mi cuello. Algo parecido a la comprensión bailó en sus pupilas.

Y sonrió. Sí, sonrió.

—Al parecer no solo has amputado el miembro de alguien hoy. —Algo en su timbre dio la impresión de que estaba asombrado.

Tragué saliva que quedó atascada en mi garganta.

—Ambos lo merecían —fue todo lo que respondí. No había necesidad de más, la situación era demasiado evidente.

Se pasó la mano libre por el pelo, desordenado y tan oscuro como una noche sin estrellas.

—No lo dudo —murmuró, clavando su atención en mí de nuevo. Le devolví la mirada, suplicante.

—Por favor, tengo que...

—Sí, es obvio que tienes que irte.

Estaba tan cerca que el olor ahumado a cítricos de su esencia me envolvió. Ni siquiera parpadeé cuando volvió a hablar, absorta en sus ojos, que cambiaban incesantes en un remolino de destellos azules:

—No hagas que me arrepienta de esto —me dijo, y por fin se apartó por completo, alejando la daga de mí.

Me envolví con la capa, cerrándola a la altura de mi cintura. No le quité la vista de encima en ningún momento, atenta a cualquier movimiento. Sin embargo, él se limitó a observarme con los brazos lacios a los lados, la cabeza ladeada —un gesto más felino que humano— y una expresión inescrutable en el rostro.

Di un respingo cuando alargó hacia mí la daga que sujetaba, pero me relajé de inmediato al ver que la tenía cogida por el doble filo y me tendía la empuñadura.

Lo contemplé, dubitativa. Ya habían salido mal muchas cosas esa noche por confiada.

—Es tuyo, ¿verdad? —me preguntó al ver que no me movía.

En silencio, asentí. Él sacudió la muñeca, instándome a coger el cuchillo. Volver a tener la sensación de su peso en mi mano fue reconfortante, pero lo envainé con rapidez en su funda.

No quitó su atención de mí mientras estudiaba mi alrededor. Salir por la puerta no era una opción, ahora mismo había gente por todas partes del edificio. La habitación tenía una ventana, pero estaba protegida con barrotes. Aunque eran bastante anchos y yo era delgada. Tal vez...

Un chirrido me sacó de mis cavilaciones y ya no tuve que pensarlo más.

El hombre que hasta hacía un momento me había retenido contra una pared estaba separando los barrotes de la ventana del cuarto con la fuerza de sus manos.

Con los ojos tan abiertos que creí que se me saldrían de las cuencas y la mandíbula casi rozando mis pies, me quedé ahí plantada, viendo cómo hacía posible lo imposible.

¿Cómo alguien podía tener tanta fuerza para doblar el hierro así? Era evidente que le estaba resultando un esfuerzo, los músculos marcados bajo su ropa y las venas hinchadas en su piel así lo indicaban. Pero, de todos modos, nadie debería ser capaz de eso.

Cuando acabó, había abierto un boquete lo suficientemente grande para que yo pudiese pasar a través de él.

Me hizo un gesto, instándome a huir por ahí.

—¿Cómo...? —Estaba pasmada.

—Tienes que irte —me cortó, apremiante—. Ya están subiendo hacia aquí.

La urgencia de su voz me sacó del estupor. Corrí hacia la ventana, me colé por los barrotes y me encaramé a la cornisa. Estaba en un segundo piso, a unos buenos cinco metros del suelo. La caída sería dolorosa.

Me volví hacia él antes de hacerlo.

—¿Y tú? Si descubren...

Me guiñó un ojo. ¡Me guiñó un ojo! Para, a continuación, mostrarme una resplandeciente sonrisa de dientes blancos.

—No te preocupes, puedo cuidar de mí mismo —me aseguró—. Ahora, vete. Y trata de mantenerte con vida. Algo me dice que volveremos a vernos.

A pesar de todo —o tal vez debido a eso— una carcajada brotó de mis labios. Me pareció que algo refulgía en su mirada.

—Hasta entonces, supongo —bromeé, antes de echar un vistazo hacia abajo.

No esperé más, no me volví para verlo una última vez, ni tampoco lo hice cuando los sonidos de pasos acercándose al otro lado de la puerta se hicieron más evidentes. Ni siquiera cuando oí las voces de los que llegaban.

Cerré los párpados con fuerza y sin pensarlo más... salté.

Capítulo 3



—¿A qué se debe esa cojera?

La pregunta me sacó de golpe de mis pensamientos, los cuales habían vuelto a divagar con vida propia en direcciones de lo más inapropiadas.

Desde la noche anterior, mi mente había estado más dispersa de lo habitual. Unos ojos azules como el hielo me llenaban la cabeza, y me hacían preguntarme si consiguió salir de la casa bien. Era una estupidez, si ni siquiera sabía su nombre. Además...

Es del reino enemigo. Es de Linnaris.

Me lo recordaba una y otra vez, pero, de todos modos, me resultaba casi imposible olvidarlo.

—No cojeo —repliqué, fingiendo andar con normalidad a pesar de la molestia.

La caída desde un segundo piso no había ido tan mal como era de esperar, aunque tampoco había salido ilesa del impacto. En cuanto aterricé, un dolor sordo ascendió por mi pierna al torcerme

el tobillo. No era grave, podía andar y era soportable, pero tenía el pie lo suficientemente hinchado como para resultar incómodo dentro de la bota.

—Sí, lo haces —insistió—. Del pie derecho.

Me volví hacia Dannel con una expresión que esperé que reflejase lo mucho que me estaba incordiando.

También era un guardián de sombras, el último que se había proclamado como tal antes de mí. Era el favorito del rey, mientras que yo, al ser la única guardiana mujer, era la favorita de la reina. Ambos acompañábamos a los monarcas a todas partes. Él solía formar parte del grupo de instructores de mi equipo de formación. De vez en cuando seguíamos entrenando juntos para recordar viejos tiempos. Pese a los diez años que nos separaban, desde que la reina me escogió como su guardiana personal nos convertimos en buenos amigos.

En realidad, era mi único amigo de verdad.

Al ser nuestro día libre de la semana, tocaba lo de costumbre: visitar el lago Tunne. Caminábamos por el sendero que iba desde el palacio, bajo la sombra de los árboles de hojas perennes que lo bordeaban a ambos lados. Dannel se encargaba de preparar la cesta para el picnic, mientras yo llevaba la manta y los cojines.

Solo él conocía mis incursiones nocturnas para rescatar mujeres; entendía por qué lo hacía, pero no le gustaba ni un pelo. Según él, era un pasatiempo peligroso.

Supe que estaba pensando en ello mientras examinaba mis pasos inestables con cuidadosa atención.

—¿Qué hiciste anoche? —me preguntó, suspicaz.

Me retiré un mechón oscuro del rostro y le lancé una mirada inocente que no iba a tragarse.

—¿Dormir?

—Antes de la cena de ayer no cojeabas, Aluna —señaló, y yo suspiré resignada—. Además, tus ojeras delatan lo poco que has descansado. Deja de mentirme.

Su preocupación siempre enmascarada con la dureza de las palabras. Típico en él.

Pero no estaba mintiéndole. Al menos, no del todo. Algo sí había dormido.

—No hice nada —le respondí con los ojos en blanco.

Arqueó las cejas con escepticismo.

—¿Estás segura? Porque esta mañana he oído que anoche se quemó hasta los cimientos la casa de damas del barón Cartrel.

Mi corazón se saltó un latido al escucharlo. Casi dejé caer la manta que sostenía entre los brazos. Me observaba de reojo con cautela... Maldita sea, me conocía demasiado bien como para poder engañarlo. Era evidente que sospechaba de mi implicación en el asunto, aunque en realidad no fuese cierto. Yo no tenía nada que ver con el incendio.

—Vale, fui allí anoche —le admití por fin con un bufido, haciendo una mueca cuando el siguiente paso me envió un calambrazo por toda la pierna. Dejé de fingir que no me dolía—. Pero tengo que decir que yo no quemé nada. Solo maté al barón Cartrel.

Dennel se volvió hacia mí con los ojos desorbitados.

—¿Solo?

Pasé por alto su tono sarcástico.

—También acabé con otro hombre que sé de buena mano que abusaba de las chicas más jóvenes día sí, día también. Se lo merecía. Ambos lo hacían.

—No lo dudo. —Hizo una pausa, como si se estuviese pensando bien sus siguientes palabras—. ¿Estás segura de que no quemaste tú el edificio?

Fue mi turno de mirarlo incrédula.

—¿Eres idiota? —repliqué, más cortante de lo que pretendía—. Creo que recordaría haber quemado un edificio entero.

Resopló, como si no terminase de creerme, y yo fruncí el ceño.

—¿Cómo te hiciste daño? —Señaló mi tobillo con la mano con la que no sostenía la cesta.

—Tuve que saltar por una ventana para escapar. La caída no fue tan mala, pero aun así...

—Mañana tenemos guardia de nuevo, Aluna —me recordó, de esa forma que siempre usaba y que no me gustaba nada, porque me parecía un padre cansado de reñir a su hija. Bufé, encogiéndome de hombros para quitarle hierro al asunto. Pero él me ignoró. Como siempre—. No puedes seguir jugándotela así noche tras noche. Si te pasa algo...

—No podré proteger a la reina, algo que juré hacer de por vida —acabé por él en tono desdeñoso—. Lo sé. Me lo recuerdas día tras día. —Imité su voz anterior—. Ya sé todo eso. Pero he hablado con la reina miles de veces sobre lo que sucede en la ciudad. Ella podría detenerlo. Tiene el poder necesario. Así que, ¿por qué tengo que ignorar lo que todas esas mujeres están sufriendo por proteger a quien podría ayudarlas, pero decide no hacerlo?

Dennel se puso rígido, parándose en seco. Dio un paso en mi dirección y posó sus manos llenas de anillos dorados sobre mis hombros, igual que hizo el día que depositó la capa blanca de la Guardia de Sombras sobre mi espalda. Sus ojos, tan verdes como la primavera, se clavaron en los míos.

Solté aire con fuerza, apretando los brazos alrededor de la manta que sostenía.

—Aluna, no puedes decir esas cosas. —La preocupación teñía sus palabras.

—No he dicho ninguna mentira —repuse, alzando la barbilla.

—Juraste proteger la Corona sobre cualquier cosa. Ir gritando a los cuatro vientos que ayudas a esas damas porque la reina no lo hace es de todo menos sensato.

—Yo no he dicho eso. —Entorné los párpados.

—Oídos extraños podrían interpretarlo justo así —me contestó, todavía hablando en susurros—. Sabes que en este reino hasta los árboles cantan.

Sí, en eso tenía razón.

Era un dicho conocido en Dumia, nuestro reino, porque la Corona tenía tantos espías y tan dispersos por todas partes que era difícil que cualquier conversación no fuese filtrada. En mi opinión, era una medida un poco exagerada, aunque, al parecer, necesaria. Cada vez se encontraban más rebeldes.

—Lo sé, Dennel —murmuré—. Pero no puedo ignorarlo sin más. Tengo que hacer algo. Necesito hacer algo.

Una sonrisa triste tiró de sus labios mientras me daba un ligero apretón en los hombros, interrumpiéndome antes de poder decir algo de lo que arrepentirme.

—Ya lo sé —me aseguró—. Créeme que sé cómo te sientes, Aluna. Por supuesto que lo sabía.

Me costó varios años encontrar el valor suficiente para contarle el verdadero motivo de mi necesidad de hacer todo aquello. De correr tantos riesgos cada noche, rescatando a mujeres y niñas víctimas de una sociedad cruel que se aprovechaba de los más vulnerables. La misma razón que me había llevado a entrenar desde los doce años para conseguir llegar a la Guardia de Sombras. Era algo personal.

En Dumia, si no eras de la nobleza o tenías algún tipo de influencia como comerciante entre reinos, era casi imposible lograr audiencia con la Corona. A no ser que fueras miembro de la guardia.

Cuando de niña me di cuenta de que la única posibilidad que tendría yo de poder hablar con los reyes para que detuviesen las injusticias que asolaban la ciudad era entrando en su Guardia Real, hice todo lo posible por unirme a sus filas. La necesidad de saber protegerme también me había animado a hacerlo, porque poder defenderme para no acabar igual o peor que las personas a las que ayudaba era un buen aliciente.

Sin embargo, mi decepción llegó cuando, al proclamarme guardiana y ganarme la oportunidad de tener una relación más cercana con la reina, al explicarle lo que sucedía en la ciudad, en su ciudad,

la respuesta que me ofreció fue que la Corona no se inmiscuía en los asuntos del pueblo.

Su indiferencia me dejó helada durante días —si no semanas— hasta que decidí que, si ella no iba a poner fin a esas atrocidades, yo misma lo haría.

Y así era como había comenzado todo.

Dennel soltó mis hombros con un suspiro cansado y seguimos avanzando en silencio. Ya no me preocupé en disimular la cojera ante él y, aunque no me estaba costando demasiado esfuerzo seguirle el ritmo, agradecí que redujese el paso y se adaptase a mí. Mi tobillo también lo agradeció.

El lago Tunne estaba como la última vez que lo visitamos, con el agua cristalina, en calma a pesar del viento y una multitud de rosas de fuego adornando su alrededor con el tono anaranjado propio del otoño en el que estábamos.

Extendimos la manta en la orilla y nos sentamos con cuidado de no aplastar ninguna de las fogosas flores.

—No entiendo cómo hay gente a la que le dan pavor estas rosas —comenté mientras acariciaba los suaves pétalos de una. Estaban calientes y suaves—. Son preciosas.

Dennel se recostó con la cabeza apoyada sobre un brazo doblado.

—Sí, pero se supone que nacen donde yacen los muertos. Por aquí la gente es demasiado estúpida como para pensar que solo son supersticiones.

Aparté la mano de la flor y lo miré con una ceja arqueada.

—¿Quién es ahora el que habla sin cuidado? Además, son rosas que crecen desde el suelo, no desde un rosal. Tal vez esas historias tengan algo de razón.

Fue su turno de mirarme escéptico.

—¿Desde cuándo eres tú agorera?

—No lo soy. Solo digo... —Sacudí la cabeza. No sabía qué quería decir, en realidad—. No importa.

Me volví para mirar de nuevo los pétalos que se alzaban frente a mí. Su color era el mismo tono intenso que el de las llamas, de ahí su nombre. Unos metros atrás, el lago que se había convertido en el nuestro se abría extenso bajo el amparo del sol. Aquel lugar era como un refugio para nosotros, un sitio al que escapar cuando necesitábamos estar solos. Nuestro santuario.

Lo descubrí por casualidad en uno de mis primeros días libres tras entrar en la guardia, cuando el trabajo me sobrepasaba y necesitaba huir un rato de las intrincadas políticas de la Corona, de ese mundo nuevo que todavía no lograba comprender.

Me encontré a Dannel allí, tumbado tal y como estaba en esos momentos, aunque con un libro abierto sobre su pecho. Quise irme en el mismo instante en que lo vi, sintiéndome una intrusa, pero no lo logré. Él reparó en mi presencia, sonrió con amabilidad y me invitó a sentarme a su lado. Fue justo después de ese día cuando empecé a considerarlo más que un compañero o un mero instructor. Se convirtió en un amigo, un faro de luz en la soledad que implicaba ser guardianes de sombras. Especialmente los personales de los reyes.

—Tengo ganas de que vuelva el calor para poder bañarnos —comentó con aire distraído, su mirada perdida en el agua oscilante frente a nosotros, los rayos del sol reflejándose en la superficie.

Le lancé una mirada anodina.

—Acaba de terminar el verano.

Alargué el brazo hacia la cesta y empecé a sacar las manzanas que habíamos metido, así como un par de sándwiches de pollo con queso. Dannel cogió lo suyo de inmediato.

—Gracias por recordármelo —refunfuñó, dedicándome una mueca burlona.

—Si no fuera por bañarme en el lago, preferiría que siempre fuese invierno —mascullé. Las guardias diurnas cuando hacía tanto calor eran insoportables.

Le dio un bocado a su manzana.

—Debes ser la única persona en el mundo que piense así.

—Mentira —repliqué—. A ningún guardián de sombras que trabaje de verdad le puede gustar achicharrarse al sol.

Frunció el ceño.

—¿Insinúas que yo no trabajo de verdad?

—¡Hace años que no haces guardias rutinarias!

Me dedicó una sonrisa deslumbrante, un poco pícara.

—Porque soy el Guardia Real del rey.

—¡Y yo la Guardiania Real de la reina! —espeté, furiosa—. Y no me han quitado ni una maldita guardia desde que empecé.

—Venga, no lloriquees —se burló, dándome una palmadita en el hombro—. El año que viene les pediremos a los reyes que nos den vacaciones.

—Oh, sí, claro —refunfuñé, consciente de la ironía.

Habíamos jurado proteger a los monarcas siempre. Únicamente teníamos ese día libre a la semana, el que ellos pasaban en el oratorio del palacio, ofreciendo sus plegarias a los dioses. Que nos diesen permiso para irnos largo tiempo era algo que no sucedería.

—Les podríamos decir que tu paliducha piel necesita un buen bronceado —siguió diciendo él.

—¡Oye! No tengo la piel tan pálida.

Su expresión se tornó aburrida.

—Aluna, tienes el pelo tan negro y la piel tan clara que todavía no entiendo cómo es posible. —Soltó un suspiro dramático mientras se recostaba en el suelo—. Asúmelo, jamás tendrás un dorado tan deslumbrante como el mío.

Me quedé mirándolo atónita durante unos segundos. Muy a mi pesar, terminé riéndome.

La sonrisa de Dennel fue toda dientes.

Me dejé caer sobre la manta a su lado, tumbándome bocarriba con la mirada clavada en el cielo, un cielo que ese día estaba de un azul tan vívido que me recordó a unos ojos que...

«Para».

Tenía que dejar de pensar en todo lo relacionado con ese hombre. Ya. Incluso aunque solo fuera sobre la probabilidad de que hubiese sido el responsable de quemar la casa de damas de compañía. No importaba cuántas vueltas le diese al tema, jamás sabría la verdad. Y era mejor así. Daba igual lo que hubiera percibido de él o el verdadero motivo de su presencia en Dumia. Daba igual, porque yo no volvería a verlo.

Era lo mejor. Ese era el pensamiento al que debería aferrarme, el que me ayudaría a alejarlo de mi cabeza. A obligarme a centrarme en lo que de verdad importaba.